

**LA MISIÓN DE MIGUEL,
LAS REVELACIONES DE LOS
SECRETOS
DEL SER DEL HOMBRE**



Rudolf Steiner
(1919)

CONFERENCIA I

EL PODER Y LA MISIÓN DE MIGUEL, LA NECESIDAD DE LA REEVALUACIÓN DE MUCHOS VALORES

Dornach, 21 de noviembre de 1919

En el transcurso de estas conferencias me gustaría describir la relación que nosotros, seres humanos de la actualidad, podemos adquirir con ese poder espiritual que, como el poder de Miguel, interviene en los sucesos espirituales y físicos de la tierra. Será necesario prepararnos en la conferencia de hoy para esta tarea. Necesitaremos varios puntos de vista que permitirán realmente a la inteligencia humana conocer las diversas interferencias con el citado poder en el trasfondo de los síntomas que podemos observar a nuestro alrededor. Debemos tener en mente, si deseamos hablar seriamente del mundo espiritual, que siempre podemos considerar las manifestaciones de los poderes espirituales aquí en el mundo físico. Tratamos de penetrar como si dijéramos, a través del velo del mundo físico hacia aquello que está activo en el mundo espiritual. Lo que existe en el mundo físico puede ser observado por cualquiera; lo que está activo en el mundo espiritual sirve para resolver los enigmas planteados por el mundo físico. Pero debemos sentir los enigmas del mundo físico de la forma correcta. Es importante, en conexión con estos importantes asuntos, comprender con toda seriedad lo que he dicho en conferencias recientes. {Ver Rudolf Steiner, *Pneumatosophy: The Riddle of the Inner Human Being*. Antroposohic Press, Nueva York}. Es imposible vincular los puntos de vista personales del mundo con un entendimiento verdadero de aquello que tan vitalmente concierne no solo a la totalidad de la humanidad, sino al mundo entero. Debemos liberarnos de los intereses meramente personales. Además, adquiriremos un entendimiento del propósito y del valor de la personalidad en el mundo si nos hemos liberado del elemento personal en su sentido más ajustado.

Ahora saben que nuestra evolución Terrestre fue precedida por otra; que permanecemos dentro de una evolución cósmica. Primero, saben que esta evolución progresa, que ha llegado a un punto más allá del cual pasará a mayores, más avanzadas etapas. Segundo, saben que si consideramos el mundo como tal, tenemos que tratar no sólo con los seres que encontramos en la esfera terrestre, es decir, los reinos mineral, vegetal, animal y humano, sino que tenemos que tratar con seres que pertenecen a reinos superiores a los que hemos designado como *los seres de las jerarquías superiores*. Si hablamos de evolución en su totalidad, tenemos que considerar siempre estos seres de las más jerarquías superiores.

Estos seres, por su parte, también pasan a través de una evolución que podemos comprender si encontramos analogías con nuestra evolución humana y con la que existe en los diversos reinos de la tierra. Consideren, por ejemplo, lo siguiente: Ustedes saben que los seres humanos han pasado a través de una evolución en Saturno, en el Sol y en la Luna, podemos decir que nosotros, como seres humanos que experimentamos en los alrededores de la tierra hemos llegado a la cuarta etapa de nuestra evolución.

Consideremos ahora los seres inmediatamente por encima de nuestra etapa humana a los que llamamos los Angeloi, los Ángeles. Si simplemente queremos mostrar una analogía podemos decir: estos seres, aunque su forma es completamente diferente a la humana, y aunque son invisibles a los sentidos físicos humanos, están en la etapa evolucionaria de Júpiter.

Consideremos ahora a los Archangeli, los Arcángeles. Están en la etapa evolucionaria que la humanidad habrá alcanzado en Venus. Y si consideramos a los Archai, los espíritus del tiempo, como los seres que influyen especialmente en nuestra evolución terrestre, encontramos que ellos ya han logrado la evolución de Vulcano.

Ahora surge la pregunta significativa: si consideramos a los seres en un rango aún superior, a la jerarquía de los llamados Espíritus de la Forma, ¿en qué etapa se encuentran? Debemos responder: Ellos ya han pasado más allá de las etapas que nosotros seres humanos concebimos como nuestras etapas evolucionarias del futuro. Ellos ya han pasado más allá de la evolución de Vulcano. Si consideramos nuestra propia evolución como consistente en siete etapas, lo cual basta para nuestras consideraciones actuales, debemos decir que los Espíritus de la Forma han alcanzado la octava etapa. Nosotros los seres humanos estamos en la cuarta etapa de la evolución; si consideramos la octava etapa encontramos a los Espíritus de la Forma.

Ahora no debemos concebir estas etapas sucesivas de evolución como existentes separadas pero juntas, sino que debemos concebirlas como interpenetrándose unas a otras. Justo como la atmósfera rodea e impregna la tierra, así esta octava esfera de evolución a la que pertenecen los Espíritus de la Forma impregna la esfera en la que nosotros los seres humanos vivimos. Consideremos ahora cuidadosamente estas dos etapas de evolución.

Repitamos: nosotros los seres humanos existimos en una esfera que ha alcanzado la cuarta etapa evolucionaria. Aún así también existimos, si hacemos caso omiso de todo lo demás, en el reino que los Espíritus de la Forma, alrededor y a través de nosotros, tienen que considerar como suyo. Consideremos ahora la evolución humana concretamente. A menudo hemos distinguido el desarrollo de la cabeza del desarrollo del ser humano. El último lo hemos dividido de nuevo en dos partes separadas, el desarrollo del pecho y el desarrollo de los miembros. Hagamos caso omiso de esta última separación y consideremos al hombre como teniendo, por un lado, lo que pertenece al desarrollo de la cabeza, y por otro, todo lo que pertenece al resto del ser humano.

Ahora imaginemos lo siguiente: Tenéis aquí la superficie del océano, el ser humano vadeándolo, moviéndose hacia delante con sólo su cabeza asomando fuera del agua. En esta imagen – por supuesto es sólo una imagen – tenéis la posición del ser humano actual. Todo en lo que la cabeza está arraigado tendríamos que considerarlo como perteneciente a la cuarta etapa de la evolución, y todo en lo que el hombre se mueve hacia delante, vadea o nada, por así decirlo, tendríamos que designarlo como la octava etapa de la evolución. Ya que es un hecho peculiar que el ser humano haya, en cierto modo, crecido tanto en lo que concierne a su cabeza, el elemento en que los Espíritus de la Forma despliegan su particular ser. En lo que concierne a su cabeza, el

hombre se ha emancipado, por así decirlo, de la esfera que está interpenetrada por el ser de los Espíritus de la Forma.

Sólo comprendiendo perfectamente esto podemos llegar a la concepción adecuada del ser humano; sólo entonces podemos comprender la posición especial que el hombre tiene en el mundo; sólo entonces se hará claro para nosotros que cuando el ser humano siente la influencia creativa de los Espíritus de la Forma sobre él, no lo siente directamente a través de las facultades de su cabeza, sino indirectamente a través del efecto del resto de su cuerpo sobre la cabeza. Todos vosotros sabéis que la respiración está conectada con nuestra circulación sanguínea, hablando en el sentido de la fisiología externa, pero la sangre es también conducida a la cabeza, creando una conexión orgánica, vital con el resto del organismo. La cabeza es nutrida y vigorizada por el resto del cuerpo.

Debemos discriminar cuidadosamente entre dos cosas. La primera es el hecho de que la cabeza está en conexión directa con el mundo externo. Si veis un objeto, lo percibís a través de vuestros ojos; hay una conexión directa entre el mundo exterior y vuestra cabeza. Si vosotros, sin embargo, observáis la vida de vuestra cabeza al ser sustentada por los procesos de respiración y circulación sanguínea, veréis la sangre subiendo desde el resto del organismo en vuestra cabeza y podéis decir que no hay una conexión directa, sino sólo una conexión indirecta entre vuestra cabeza y el mundo que os rodea.

Naturalmente, no debéis decir, pedantemente: bien, la respiración es inhalada a través de la boca, por tanto la respiración también pertenece a la cabeza. He afirmado anteriormente que tenemos aquí sólo una imagen. Orgánicamente, lo que es inhalado a través de la boca no pertenece realmente a la cabeza, sino al resto del organismo.

Enfocad vuestra atención sobre estos dos conceptos fundamentales que acabamos de adquirir; enfocad vuestra atención sobre la idea de que permanecemos dentro de dos esferas: la esfera en la que entramos al pasar a través de las evoluciones de Saturno, el Sol y la Luna y estamos ahora en la evolución de la Tierra que es la cuarta etapa evolucionaria; después considerad el hecho de que vivimos en una esfera que pertenece a los Espíritus de la Forma tal y como nuestra Tierra nos pertenece, pero que, como la octava esfera, impregna nuestra Tierra y nuestro organismo con la excepción de nuestra cabeza y todo lo que es actividad sensora. Si enfocamos nuestra atención sobre estos hechos hemos creado una base para lo que sigue.

Aún así dejadme primero construir una base más sólida a través de otros determinados conceptos. Si deseamos considerar nuestra vida bajo tales influencias, debemos tener en cuenta los seres que a menudo hemos mencionado como cooperantes en los sucesos mundiales: los seres Luciféricos y Ahrimánicos. Fijemos, para empezar, nuestra atención sobre el aspecto más externo de estos seres. Ellos moran en las mismas esferas en las que los seres humanos viven. Considerando su aspecto más externo, podemos pensar que todos los seres Luciféricos poseen aquellas fuerzas que sentimos cuando surge en nosotros la tendencia a convertirnos en fantásticos, cuando cedemos unilateralmente a la fantasía y al exceso de entusiasmo, cuando nosotros – si lo podemos expresar gráficamente – tendemos a salir con nuestro ser más allá de nuestra cabeza. Si tendemos a salir más allá de nuestra cabeza, empleamos fuerzas que juegan un determinado papel en nuestro organismo humano pero que son las fuerzas

universales de los seres a los que llamamos Luciféricos. Pensar en seres formados enteramente de esas fuerzas dentro de nosotros que luchan por pasar más allá de nuestra cabeza y tendréis los seres Luciféricos que tienen una cierta relación con nuestro mundo humano.

En cambio, pensar en todo lo que nos empuja hacia la tierra, todo lo que nos hace sobrios filisteos, nos hace burgueses, que nos dirige a desarrollar actitudes materialistas, pensar en todo aquello que existe en nosotros como árido intelecto, y tendréis los poderes Ahrimánicos.

Todo lo que he descrito aquí desde el aspecto del alma puede también ser descrito desde el aspecto del cuerpo. Uno puede decir, el hombre está siempre en una posición intermedia entre las intenciones de su sangre y las intenciones de sus huesos. Los huesos constantemente tienden a osificarnos; en otras palabras, a “ahrimanizar” nuestros cuerpos, endurecernos. A la sangre le encantaría conducirnos fuera más allá de nosotros mismos. Expresado en términos patológicos, la sangre puede hacerse febril. Entonces el ser humano está orgánicamente conducido hacia fantasmas. Los huesos pueden desarrollar su naturaleza sobre el resto del organismo. Entonces el ser humano se osifica, se vuelve esclerótico, como casi todos hacemos en cierto grado en la vejez. Entonces él lleva el elemento mortal en su organismo, a saber, el elemento Ahrimánico. Podemos decir que todo lo que vive en la sangre tiende hacia lo Luciférico, todo lo que vive en los huesos tiene la tendencia hacia lo Ahrimánico. El ser humano es el equilibrio entre los dos, ya que él, desde el aspecto del alma, tiene que ser el equilibrio entre el excesivo entusiasmo y el sobrio convencionalismo.

Ahora podemos caracterizar estos dos tipos de seres desde un punto de vista más profundo. Observemos los seres Luciféricos y veamos qué intereses tienen en la existencia cósmica. Encontraremos que su principal interés es hacer al mundo, y sobre todo el mundo humano, abandonar a los seres espirituales a los cuales el hombre debe contemplar como sus verdaderos creadores. Los seres Luciféricos no desean nada más que hacer que el mundo abandone los seres divinos. No me malinterpreten: no es la intención primordial de los seres Luciféricos apropiarse del mundo para ellos mismos. A partir de varias cosas que he dicho sobre ellos podéis deducir que esta no es su principal intención; su objetivo primordial es hacer que el ser humano traicione sus propios seres creadores divinos, para liberar al mundo de estos seres.

Los seres Ahrimánicos tienen un propósito diferente. Ellos tienen la decidida intención de hacer al reino del hombre y el resto de la tierra, sujeta a su esfera de poder, hacer que la humanidad dependa de ellos, obtener control sobre los seres humanos. Mientras eso siempre ha sido – y es – el esfuerzo de los seres Luciféricos hacer que los hombres abandonen lo que pueden sentir como Divino en ellos mismos, los seres Ahrimánicos tienen la tendencia gradualmente de incluir a la humanidad y todo lo que está conectado a ella en su esfera de poder.

Así, en nuestro cosmos, en el que nosotros los seres humanos estamos entremezclados, existe una batalla entre los seres Luciféricos, constantemente luchando por la libertad, la libertad universal, y los seres Ahrimánicos, constantemente luchando por el poder eterno y la fuerza. esta batalla impregna todo en lo que vivimos. Por favor mantengan en mente este hecho como la segunda idea, importante para nuestras posteriores consideraciones. El mundo en que vivimos está impregnado de seres

Luciféricos y Ahrimánicos, y existe este tremendo contraste entre la tendencia liberadora de los seres Luciféricos y la tendencia al poder de los seres Ahrimánicos.

Si consideran todo este asunto tendrán que decirse a ustedes mismos: sólo soy capaz de comprender el mundo si lo concibo en conexión con el número tres, la tríada. Ya que tenemos por un lado el elemento Luciférico, y por otro lado el elemento Ahrimánico, y en medio el ser humano que, como el tercer elemento, en estado de equilibrio entre los dos, debe sentir su divina esencia. Sólo llegaremos a la comprensión del mundo si lo basamos en esta tríada y se hace evidente el hecho de que la vida humana es la balanza. Aquí el punto de apoyo; en un lado el platillo de la balanza con el elemento Luciférico, tirando hacia arriba; en el otro lado el platillo de la balanza con el elemento Ahrimánico, tirando hacia abajo. Mantener los platillos en perfecto equilibrio significa el ser esencial del hombre. Aquellos que fueron iniciados en tales secretos de la evolución espiritual de la humanidad siempre han hecho énfasis en el hecho de que sólo es posible comprender la existencia cósmica dentro de la que el hombre está situado si es concebido en el sentido de la tríada: que no puede ser comprendido si es considerado sobre la base de cualquier otro número. Así podemos decir, empleando nuestra propia terminología: tenemos que tratar con tres factores principales en la existencia cósmica, a saber: el elemento Luciférico, representando un platillo de la balanza, el elemento Ahrimánico, representando el otro platillo de la balanza, y el estado de equilibrio que representa el impulso Crístico.

Ahora pueden imaginar bien que es enteramente en el interés de los poderes Ahrimánicos y Luciféricos ocultar este secreto de la tríada. ya que la comprensión adecuada de este secreto permite a la humanidad ocasionar el estado de equilibrio entre los poderes Ahrimánicos y Luciféricos; que significa, por un lado, usar la tendencia Luciférica hacia la libertad o el logro de un sustancioso objetivo cósmico, y por otro lado, esforzarse para conseguir lo mismo con el elemento Ahrimánico. La condición espiritual normal del ser humano consiste en relacionarse de la forma adecuada con esta trinidad, esta estructura trina del mundo.

Ya que, las influencias sobre la vida espiritual y cultural humana tienen una fuerte tendencia a confundir al hombre en relación al significado de la tríada. Podemos observar muy claramente en la cultura moderna que la concepción de esta estructura acorde con la tríada está casi completamente eclipsada por la concepción de una estructura acorde con la dualidad. Si deseamos comprender el Fausto de Goethe, debemos darnos cuenta, como a menudo he señalado, que esta confusión en lo que respecta a las influencias triádicas, se dan incluso en este gran poema cósmico. Si Goethe, en su día, había tenido un punto de vista claro en estos asuntos, no hubiera presentado el poder Mefistofélico como el único oponente de Fausto, que arrastra a Fausto hacia abajo, sino que hubiera contrastado este poder Mefistofélico – del que sabemos que es idéntico al poder Ahrimánico – con el poder Luciférico, y Lucifer y Mefistófeles aparecerían en Fausto como dos fuerzas opuestas. He hablado de esto aquí repetidamente. Si estudiamos la figura del Mefistófeles de Goethe, podemos ver claramente que Goethe en su caracterización de Mefistófeles constantemente confundía los elementos Luciféricos y Ahrimánicos. El Mefistófeles de Goethe es como si fuera una figura mixta, de dos elementos. No hay uniformidad en ella. Los elementos Luciféricos y Ahrimánicos están entremezclados aleatoriamente. He tratado de esto más explícitamente en mi folleto, *Goethe's Standard of the Soul*.

Esta confusión que así se evidencia en el Fausto de Goethe está basada sobre las ideas equivocadas que han surgido en la evolución de la humanidad moderna – en tiempos anteriores era diferente – de poner la díada en el lugar de la tríada cuando se considera la estructura del mundo; es decir, uno ve el principio del bien en un lado, el principio del mal en el otro: Dios y el Diablo.

Así debemos enfatizar el hecho de que si una persona desea concebir la estructura del universo de una manera fáctica, debe admitir la tríada, los dos elementos opuestos de lo Luciférico y lo Ahrimánico y el Divino elemento que mantiene el equilibrio entre los dos. Esto tiene que ser contrastado con la ilusión que ha surgido en la evolución espiritual de la humanidad a través del concepto erróneo de la díada, de Dios y el Diablo, de las fuerzas divino-espirituales arriba y las fuerzas diabólicas abajo. Es como si fuéramos a forzar al hombre a abandonar su posición de equilibrio si le ocultamos el hecho de que una sólida comprensión del mundo sólo puede resultar de la concepción adecuada de la tríada y si alguien le hace creer que la estructura mundial está de alguna manera determinada por la díada. Aún así, los más altos esfuerzos humanos han caído presas de este error.

Si deseamos tratar esta cuestión, debemos hacerlo sin prejuicios, debemos entrar en una imparcial esfera de pensamiento. Debemos distinguir cuidadosamente entre el objeto y el nombre. No debemos permitirnos ser engañados a pensar que por darle un determinado nombre a un ser hemos en algún momento experimentado y sentido este ser de la forma correcta.

Si pensamos en estos seres que el hombre contempla como sus propios seres divinos, debemos decir: podemos sentirlos de la forma correcta sólo si los concebimos como efectuando el equilibrio entre los principios Luciféricos y Ahrimánicos. Nunca podemos sentir de la forma correcta lo que deberíamos sentir como lo Divino si no entramos en este orden triple. Considerad desde este punto de vista el *Paraíso Perdido* de Milton, o el *Mesías* de Klopstock que vino a la existencia bajo la influencia del *Paraíso Perdido*. Aquí no tenéis nada de una comprensión real de la estructura mundial triple, tenéis en vez de ello una batalla entre el supuesto bien y el supuesto mal, la batalla entre el cielo y el infierno. Tenéis la idea equivocada de la díada traída a la evolución espiritual del hombre; tenéis lo que está arraigado en la consciencia popular como el contraste ilusorio entre el cielo y el infierno, introducido en dos poemas cósmicos de los tiempos modernos.

No es de ninguna utilidad lo que Milton y Klopstock llaman las entidades celestiales o seres divinos. Sólo lo serían para el hombre si estuvieran concebidos sobre la base de una estructura de existencia del mundo triple. Entonces sería posible decir que una batalla tiene lugar entre los principios del bien y del mal. Pero como está planteado el asunto, asumiendo una díada, con un miembro que tiene los atributos del bien y recibe un nombre derivado de lo divino, y el otro miembro representa el elemento diabólico, anti-divino. ¿Qué significa esto realmente? Nada menos que la eliminación de lo divino de la consciencia y la usurpación del nombre divino por el principio Luciférico; así que en realidad tenemos una batalla entre Lucifer y Ahriman; sólo, Ahrimán está dotado con atributos Luciféricos, y el reino de Lucifer está dotado de atributos divinos.

Vosotros veis las trascendentales consecuencias reveladas por tal consideración. Mientras los seres humanos creen que están tratando con los elementos divinos y diabólicos cuando contemplan los contrastes descritos en el *Paraíso Perdido* de Milton o el *Mesías* de Klopstock, están, en realidad, tratando con los elementos Luciféricos y Ahrimánicos. No hay consciencia actual del elemento verdaderamente divino; en vez de ello, el elemento Luciférico es dotado con nombres divinos.

El *Paraíso Perdido* de Milton y el *Mesías* de Klopstock son creaciones espirituales que surgen de la consciencia del hombre moderno. Aquello que se manifiesta en ellos vive en la consciencia general de la humanidad; ya que el delirio de la diáda ha entrado en esta consciencia moderna, y la verdad de la tríada ha sido ocultada. Las producciones más profundas de la era moderna en la que estamos, desde un determinado punto de vista, consideradas entre las mayores creaciones de la humanidad, y con toda la razón, son un maya cultural y han salido del gran delirio de la humanidad moderna. Todo lo que está activo en este concepto ilusorio es la creación de la influencia Ahrimánica, de esa influencia que en el futuro se concentrará en la encarnación de Ahrimán del que ya he hablado. Porque esta concepción ilusoria en la que vivimos hoy no es nada más que el resultado de la vista falsa del mundo que brota por doquier en la civilización moderna cuando los seres humanos contrastan el cielo y el infierno. El cielo es considerado como el elemento divino, y el infierno como el elemento diabólico, mientras que, en realidad, tenemos que tratar con el elemento Luciférico llamado celestial y el elemento Ahrimánico llamado infernal.

Deben darse cuenta de qué intereses rigen en la historia espiritual moderna. Incluso el concepto de la naturaleza trina del organismo humano o del ser humano en su totalidad ha sido en cierto modo abolida por la civilización occidental en el siglo VIII (Concilio Euménico de Constantinopla del año 869). He mencionado a menudo esto. El dogma fue entonces establecido de que el Cristiano no tiene que creer en el ser humano trino sino sólo en un ser humano doble. La creencia en cuerpo, alma y espíritu fue declarada tabú, y los teólogos y filósofos medievales que aún así sabían mucho sobre los hechos verdaderos tuvieron dificultades para sortear esta verdad, porque la así llamada tricotomía, la “división” del hombre en cuerpo, alma y espíritu había sido declarada herejía. Ellos fueron obligados a enseñar la dualidad, es decir, que el hombre consta de cuerpo y alma, y no de cuerpo, alma y espíritu. Y ciertos seres, ciertos hombres sabían muy bien que es de tremenda importancia para la vida espiritual humana si la trinidad es reemplazada por la dualidad.

Debemos considerar tales profundos aspectos si deseamos entender correctamente por qué en el número de agosto de *Stimmen der Zeit* (Voces de la Era) el sacerdote Jesuita Zimmermann llama la atención sobre el hecho de que uno de los recientes decretos de la Santa Sede de Roma prohíbe que los Católicos Romanos obtengan la absolución si leen o poseen escritos teosóficos o participan en cualquier asunto teosófica. El sacerdote Jesuita Zimmermann interpreta este decreto en su artículo en *Die Stimmen der Zeit* afirmando que se aplica, por encima de todo, a mi Antroposofía, y que aquellos que desean ser considerados verdaderos Católicos Romanos no deben ocupar su tiempo con literatura antroposófica. Él cita una de las principales razones para esto, a saber, que la Antroposofía distingue entre cuerpo, alma y espíritu, y así enseña una herejía opuesta a la creencia ortodoxa de que el hombre consiste en cuerpo y alma.

Les he mencionado antes que los filósofos modernos han adoptado esta diferenciación de cuerpo y alma sin ser conscientes de ello. Ellos creen que siguen la ciencia imparcial, objetiva; ellos creen que practican observación real que les conduce a la convicción de que el hombre consiste en cuerpo y alma. En realidad, sin embargo, están siguiendo las pisadas de este dogma que ha encontrado su camino en el desarrollo espiritual moderno. Lo que es considerado ciencia hoy es realmente completamente dependiente de tales cosas que han sido puestas en el mundo en el curso de la evolución humana moderna. No crean que serán capaces con amables palabras de convertir a tales personas que desde estos lugares calumnian la Antroposofía; no crean que prevalecerán sobre ellos y provocarán su buena intención hacia la Antroposofía. La Antroposofía debe hacerse su camino en el mundo a través de su propia fuerza, y no a través de la protección de cualquier poder, aunque sea tan Cristiano en apariencia. A través de la fuerza interna solo puede la Antroposofía lograr lo que debe lograr en el mundo.

Deben darse cuenta de que el impulso Crístico sólo puede ser comprendido si uno ve en él el *impulso del equilibrio* entre los principios Ahrimánicos y Luciféricos, si uno le da el lugar correcto en la trinidad. Podemos preguntar: ¿qué debe uno hacer si trata de engañar a la gente en lo que respecta al verdadero impulso Crístico? Uno debe desviar su atención de la verdadera ordenación triple del mundo y dirigirla hacia el delirio de la dualidad que está justificada sólo cuando estamos preocupados de lo manifiesto y no cuando estamos preocupados con lo que yace más allá de lo manifiesto en la esfera de la verdad.

En tales asuntos debemos ir más allá de los meros nombres. Llamar a uno u otro ser Cristo no significa que sea el Cristo. Si uno desea evitar que otro ser humano adquiera un verdadero concepto de Cristo, sólo necesita poner la *díada* en el lugar de la *tríada*; pero si uno desea apuntar hacia el impulso Crístico en su verdadero significado, es necesario que la *díada* sea suplantada por la *tríada*. No necesitamos unir al grupo de personas que declaran a otros herejes; no necesitamos declarar el *Paraíso Perdido* de Milton o el *Mesías* de Klopstock trabajos condenables del diablo; podemos continuar disfrutando su belleza y grandeza. Pero debemos darnos cuenta que tales trabajos, en tanto en cuanto son las flores de la civilización popular moderna, no hablan de Cristo en absoluto sino originados del delirio de que todo lo que no es parte de la evolución humana puede ser considerado perteneciente, por otro lado, al reino del diablo y, por otro lado, al reino de lo Divino. Pero en realidad en vez de tratar con el reino de lo Divino estamos tratando con el reino de Lucifer. El *Paraíso Perdido* describe la expulsión del hombre del reino de Lucifer al reino de Ahrimán; describe el deseo del hombre no por el reino de lo Divino, sino por el paraíso que ha sido perdido, que significa, el deseo por el reino de Lucifer. Ustedes pueden contemplar el *Paraíso Perdido* de Milton y el *Mesías* de Klopstock como hermosas descripciones del deseo humano por el reino de Lucifer; esto es lo que deberían considerarlas, ya que esto es lo que son.

Ustedes ven lo necesario que es revisar ciertos conceptos que prevalecen hoy. Si somos serios en nuestro pensamiento y sentimiento Antroposófico estamos enfrentados, no con insignificantes, sino con importantes decisiones. Estamos enfrentados con la necesidad de tomar muy seriamente una expresión que Nietzsche ha empleado a menudo, a saber la expresión: “la revalorización de los valores”. Tenemos que tomar esto muy seriamente. Los logros del hombre moderno necesitan una gran revalorización.

Esto no significa que nosotros mismos debamos convertirnos en denunciadores de herejías. Nosotros constantemente representamos aquí escenas del *Fausto* de Goethe, y he dedicado, como ustedes saben, décadas de mi vida al estudio de Goethe. Pero en mi pequeño libro, *Goethe's Standard of the Soul*, ustedes pueden ver que esto no me ha cegado en cuanto a la falsa caracterización trazada por Goethe en su Mefistófeles. Sería un punto de vista reaccionario, si dijéramos: el Mefistófeles de Goethe es un concepto falso; librémonos de él. Nos estaríamos comportando entonces como inquisidores. Como hombres modernos no debemos situarnos en tal posición. Por otra parte, no debemos estar indolentemente satisfechos con las ideas que han entrado, como si dijéramos, en la carne y los huesos de las grandes masas de personas hoy. La humanidad tendrá que aprender una gran lección. Tendré que revalorizar muchos valores.

Todo esto está conectado con la misión de Miguel en relación con aquellos seres de las jerarquías superiores con los cuales él está conectado. En las conferencias siguientes mostraremos cómo podemos llegar a una comprensión de esos impulsos que irradian del ser de Miguel en nuestra existencia humana terrestre.

